

Diócesis de Jaén – Plan Pastoral Diocesano
ASAMBLEAS PARROQUIALES – TEXTO DE LA CHARLA
Pascua 2018

Curso pastoral 2018-2019
Anunciamos el Evangelio

1. Anunciamos el Evangelio

La fe cristiana no es solo ni fundamentalmente una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas morales, una tradición o un bello conglomerado ritual. La fe cristiana es ante todo un encuentro personal, una relación con Jesucristo. Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que el encuentro entre los hombres y Jesús pueda tener lugar. El objetivo de toda evangelización es la promoción de este encuentro, que es al mismo tiempo íntimo y personal, pero también público y comunitario. Como afirmó el Papa Benedicto XVI "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (DCE 1).

"Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador" (EN 7). Él se presentó a sí mismo como enviado a proclamar el cumplimiento de la salvación de Dios, anunciada en la historia de Israel, sobre todo por los profetas, y en las Sagradas Escrituras. De ello nos dejan unánime testimonio los cuatro evangelios (ver Mt 1,22; 2,15.17.23; 8,17; 12,17; 13,35; 21,4; 26,56; Mc 1,2; Lc 4,21; Jn 1,45).

El anuncio evangélico que Jesús hace mueve naturalmente a cada persona a una experiencia de conversión: cada hombre es invitado a convertirse y a creer en el amor misericordioso de Dios hacia él. El reino crecerá en la medida en que cada cual aprenda a dirigirse a Dios como Padre (ver Lc 11,2; Mt 23,9) en la intimidad de la oración y, siguiendo el ejemplo del Maestro, sepa ponerse a disposición del cumplimiento de la voluntad divina (ver Mt 7,21).

Los que acogen con sinceridad el Evangelio, precisamente en virtud del don recibido y de los frutos que produce en ellos, se reúnen en nombre de Jesús para custodiar y alimentar la fe recibida y compartida, y para continuar, multiplicándola, la experiencia creyente. Como narran los Evangelios, los discípulos, después de haber estado con Jesús, de haber vivido con él, de haber sido por él introducidos en una nueva experiencia de vida, son enviados a continuar su acción evangelizadora: "Los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos... Se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando la Buena Noticia y curando en todas partes." (Lc 9,2.6).

Toda persona tiene el derecho de escuchar el Evangelio ofrecido por Dios para la salvación del hombre. Y el centro de ese Evangelio es el mismo Jesucristo. Como la Samaritana junto al pozo, también la humanidad de hoy tiene necesidad de escuchar las palabras del Galileo "Si conocieras el don de Dios" (Jn 4,10), para que estas palabras hagan brotar el deseo profundo de salvación que se encuentra inscrito en el corazón de cada hombre: "Señor, dame esa agua:

así no tendré más sed” (Jn 4,15). Toda persona, porque el destino del Evangelio es, según el proyecto de Dios, universal.

Pero el envío misionero del Señor apunta a la universalidad también en otro sentido: todos los bautizados somos enviados. Todos los evangelizados somos llamados a ser evangelizadores. Y por eso sabemos que el Evangelio nunca puede conducirnos a la formación de un grupo cerrado, que gira en torno a sí mismo, sino que, al contrario, estará siempre abierto a los otros.

La Iglesia de Jesucristo que está en Jaén ha decidido emplear durante el curso 2018-2019 todas sus fuerzas para que sus comunidades sean cada vez más evangelizadas y, por ende, puestas al servicio del anuncio del Evangelio, de la transmisión viva del kerigma, el mensaje central de la fe que proclama que en Cristo muerto y resucitado se manifiesta el amor misericordioso de Dios a cuyo encuentro son invitados todos los hombres y mujeres de nuestra tierra.

2. Evangelización y primer anuncio

Nuestras comunidades cristianas necesitan incorporar en su quehacer habitual la realidad del primer anuncio. La “nueva evangelización” nos lo está pidiendo.

¿Qué queremos decir cuando empleamos este término “primer anuncio”? Hacer el anuncio explícito de Jesucristo a los hombres y mujeres con los que convivimos, es decir, el anuncio del nombre de Jesucristo y de la acción salvadora que Dios realiza por medio de su Pascua. En el primer anuncio de lo que trata es de proclamar y proponer el mensaje nuclear del Evangelio. Eso que la antigüedad cristiana llamaba “kerigma”. De proclamarlo a quienes no conocen al Señor. También a quienes un día lo conocieron pero se alejaron de él; o a quienes, creyendo que lo conocen, viven la vida cristiana de una manera rutinaria, sin convencimiento, sin suscitar interrogantes para sí mismos ni para las personas que los rodean. Se trata, en definitiva, al hacer el “primer anuncio”, de suscitar en el corazón de cada hombre o mujer el interés por la persona de Jesucristo, que lo pueda llevar a una primera adhesión viva a él, que pueda después ser profundizada.

En el Nuevo Testamento el “kerigma” o “primer anuncio” aparece dibujado lo que se refiere a su contenido y lo que se refiere a su eficacia. En cuanto al contenido, el “primer anuncio” se centra en la muerte y resurrección de Jesucristo, y en la donación del Espíritu Santo como acontecimiento salvador que es propuesto para ser aceptado por el que lo escucha. Para su eficacia es necesario que el anuncio sea acompañando del testimonio de vida y del alegre y esperanzado entusiasmo de quien proclama.

Necesitamos, pues, en nuestra Diócesis, fieles profundamente vinculados a la vida verdadera que es Cristo y alimentados de su savia, para, desde su experiencia vital y desde el testimonio vivo de su fe en Jesús, ayudar a las personas a formularse las preguntas fundamentales y presentar al Señor como aquel que responde a las aspiraciones más profundas del hombre.

No deberíamos dejar pasar el curso 2018-2019 sin empezar en nuestras comunidades parroquiales alguna experiencia de primer anuncio. Nuestra gente necesita del Señor y de la Buena Noticia que es su Evangelio.

3. Evangelización y catequesis

El anuncio del "kerigma" es el inicio. Tras él puede venir la primera adhesión a Jesucristo y la primera vinculación a la Iglesia, comunidad de salvación. Pero las personas que se encuentran con el Señor después del primer anuncio han de ser acompañadas para adentrarse en el conocimiento de Jesucristo y de la experiencia creyente. Han de ser evangelizadas y catequizadas. Eso exige que nuestras comunidades sean capaces de crear espacios en los que niños, jóvenes y adultos sean no solo instruidos, sino acompañados en el conocimiento del Señor, en la oración y la celebración cristianas, y en el esfuerzo por vivir de acuerdo con la ley evangélica.

El Evangelio ha de ser en el seno de nuestras parroquias anunciado, testimoniado y percibido como "Buena Noticia", como "fuerza para vivir" y como "sentido de la vida". Esto ha de hacerse comunitariamente, porque es la Iglesia la portadora del Evangelio y la que lo ofrece a sus hijos. No es posible el crecimiento en la fe si no es en el seno de la comunidad cristiana que acoge, acompaña, ayuda a discernir e integra cada vez más a los que han sentido la voz del Señor y han elegido seguir su camino.

Tendremos, durante el curso pastoral 2018-2019 que revisar nuestro modo de hacer catequesis y de acompañar a los laicos en sus procesos de formación cristiana, poniendo siempre el Evangelio en el centro y haciendo que nuestros itinerarios sean caminos integrales de crecimiento en el discipulado, más que puros ámbitos de preparación para la recepción de un sacramento.

4. Llamados a ser discípulos misioneros

La evangelización y la catequesis pretenden hacer discípulos. Pero el discípulo ha de ser al mismo tiempo misionero. El encuentro con el Señor nos llama no solo a profundizar nuestra propia fe, nuestra intimidad con Jesús y nuestra vida cristiana, sino también a hacer partícipes a los demás de este tesoro que se nos ha regalado y que se nos ha confiado en depósito. Como los discípulos primeros, que inmediatamente después de conocer a Jesús, salieron gozosos a dar razón de su experiencia: "¡Hemos encontrado al Señor" (Jn 1,41), así también tendremos que hacer nosotros.

Una catequesis que ayude a conocer la persona y la palabra de Jesús, pero que no lleve a la unión profunda con él en la oración no es una catequesis completa. Y si lleva a la oración y al encuentro, pero no conduce a vivir según el mandato nuevo del Evangelio, estará igualmente falta de algo. Más aún, aunque la catequesis me lleve al conocimiento de Cristo, a la oración y a la vida cristiana, si no me lleva al anuncio de esa Buena Noticia que yo estoy viviendo para que otro pueda experimentarla como yo, no habrá cumplido el cometido que le es propio.

Cada miembro del Pueblo de Dios ha de ser convertido en discípulo misionero. Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su tarea en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, ha de ser un evangelizador. No podemos pensar que la evangelización ha de ser llevada a cabo solo por agentes cualificados, considerando a todo el resto del pueblo fiel solo como un mero receptor sin responsabilidad.

Estamos de acuerdo con el Papa: "Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos *discípulos* y *misioneros*, sino que somos siempre *discípulos misioneros*" (EG 120).

5. Catequistas como acompañantes

Para ello, tendremos que potenciar en nuestra Diócesis el arte del acompañamiento. Maestro hay un solo, el Señor, pero todos estamos necesitados de acompañamiento en el camino que el Maestro único nos marca. Acompañar es ayudar a las personas en su proceso de crecimiento en la fe, para que puedan clarificar y discernir cuál es la voluntad de Dios, en orden a asumir un compromiso concreto y una opción vocacional.

Tanto si el acompañamiento es a nivel personal como comunitario, la finalidad del mismo será acompañar a las personas en su camino de encuentro con Jesucristo, para llegar a conseguir vida plena, que conlleve madurez humana y cristiana.

Este acompañamiento no puede permanecer circunscrito a la intimidad de la persona, como girando en torno a ella misma, sino que estará orientado a la acción apostólica, suscitando no solo buenas personas, sino apóstoles valientes que anuncien gratis lo que gratis han recibido. Nuestro reto es potenciar en nuestra Diócesis la creación de discípulos misioneros que acompañen a otros discípulos misioneros.

6. Acompañar en clave vocacional

Configurar la vida a partir del encuentro con Cristo supone vivirla, en todo momento, en clave vocacional: vocación a la vida y al amor, abiertos al Misterio y a la Palabra; al seguimiento de Jesús y a un servicio particular en favor de la Iglesia y de la sociedad en la que estamos inmersos. De esta manera, entenderemos que la consecuencia inmediata y necesaria de un buen acompañamiento es la respuesta vocacional, que moverá a la persona a preguntarse: "Señor, ¿qué quieres de mí?". La respuesta vocacional es la respuesta a la vivencia del amor de Dios. Una vivencia de amor que nos lanza a la misión, a la llamada a servir a Dios y a los hombres en la entrega de nuestra vida, dejando que él nos vaya configurando en todo momento, según su voluntad.

Vocación no es solo el proyecto existencial que cada uno debe discernir y construir, sino también cada una de las llamadas de Dios, evidentemente siempre relacionadas entre sí en un plan fundamental de vida, de cualquier modo diseminadas a lo largo de todo el camino de la existencia. El acompañamiento auténtico hace al creyente estar vigilante, atento a las muchísimas y cotidianas llamadas del Señor, atento para captar su voz y pronto para responderle. Es precisamente la fidelidad a este tipo de llamadas diarias la que hace al joven capaz de reconocer y acoger "la llamada de su vida", y la que le da al adulto no solo la capacidad de ser fiel a aquella, sino también la de descubrir cada vez más la vitalidad y el vigor que le concede aquel que quien se ha fiado.

Vocación, en definitiva, a la santidad, a la que con hermosas palabras nos invita el Papa Francisco en su última exhortación apostólica, *Gaudete et Exsultate*: "Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (GE 15).

Se trata, pues, de poner manos a la obra en nuestra Diócesis para crear las condiciones en las que cada persona pueda contar con alguien que la acompañe en su tarea de entender que toda vida y cada vida es una respuesta; que por el bautismo hemos sido llamados a actuar

cotidianamente desde el amor que hemos recibido de Dios; que estamos vocacionados a la santidad. La vocación específica (el ministerio ordenado, la vida religiosa, el matrimonio...) es siempre una concreción del don de la vocación bautismal al servicio de la edificación de la Iglesia y al servicio del mundo.

7. Palabras del Obispo

Concluimos con las palabras de nuestro Obispo, invitándonos a tomar conciencia del puesto que ocupamos en el plan que Dios tiene de que su Evangelio llegue a todas las gentes. Dice así D. Amadeo:

“Cuando presentemos el anuncio de Jesucristo y lo llevemos al corazón de la gente, lo esperen o se sientan indiferentes o lejanos, hemos de ser conscientes de que el ser humano está llamado a responder a una Palabra que el Padre ha pronunciado desde la eternidad y que ha resonado en la plenitud de los tiempos en Cristo y que ahora la repite la Iglesia por el anuncio del Evangelio” (Carta Pastoral *El sueño misionero ya está "en salida" y lo compartimos todos*).